

furtivo; y se recata tan bien, que yo no he podido todavía acertar con ella.

El mismo sello que la «Liga» emite, no me parece adecuado á su fin. El letrado «No repartir en domingo» lo lleva en forma circular, difícil de leer. Yo alabo la buena voluntad que ha inspirado la Liga y el sello; pero desearía ingenio, arte, eficacia en los procedimientos, de los cuales, más aún que del excelente deseo, suele depender el feliz resultado de toda empresa.

* *

Ya empiezan á ponerse por las nubes los alojamientos en la villa y corte. Ya cada casa, modesta ó rica, aguarda sus correspondientes forasteros. Luis Taboada tendrá larga tela con las dificultades y embrazos que crea á las familias de la clase media la llegada del huésped, á ponerlo todo patas arriba, en días en que los artículos de consumo amenazan subir.

Tanto como se clama contra la explotación de los patronos, y á nadie se le ocurre clamar contra la de los intermediarios industriales, que recargan de un modo exagerado los artículos de consumo y necesidad, procurándose ganancias que oscilan entre el 25 y el 50 por 100. Por ejemplo: el aceite. Entra en Madrid (el mejor y más exquisito) á nueve pesetas arroba, y el consumidor lo paga á quince. La carne, el arroz, los garbanzos, el cerdo, el pan, todo sufre aumentos semejantes, en daño general y beneficio de pocos. En Bélgica los obreros lo han arreglado bien: tienen sus cooperativas, donde encuentran los artículos de consumo á precios justos y tolerables.

Habiendo encargado directamente á Alicante una arroba de almendra, recuerdo que me sorprendieron dos observaciones: la excelencia de la fruta y su baratura. Costó la mitad que cuesta la almendra rancia y aceitosa y de última clase en las tiendas de ultramarinos. No es la almendra artículo indispensable; pero sí sabroso y sano postre, y base de muchos dulces y platos de la cocina española. Debiera encontrarse á precios moderados. Si tuviésemos tiempo y paciencia para enterarnos detenidamente, encontraríamos en otros infinitos artículos las mismas desproporciones de precio de coste y precio de venta. La vida se hace mísera y la raza decae, cuando la alimentación grata y variada no es accesible á las clases populares; ni aun á clases en apariencia más elevadas, quizás en el fondo más menesterosas y ahogadas, por haber de sacrificar al decoro.

* *

¿Qué comen los pobres en Madrid?, suelo preguntarme. Todo se ha nivelado de precio: ya no existen platos baratos. El bacalao, las manos y callos, las *chuletas de huerta*, que Parmentier legó á la humanidad con más apetito que dinero, van siendo un *mito*, como dice cierta ilustrada patrona. ¿Qué comen?, insisto en ello. ¿Qué leche beben los niños, qué nutritivo manjar restaura las fuerzas de los adultos?

¿Y el vino? No hay nación donde así se produzca, tan fuerte y tan barato, como la nuestra; y cátese que de trámite en trámite, de arriero á tabernero, el vino que se expende en Madrid es detestable. El vino — del cual se dicen pestes, y que yo no pruebo, me apresuro á declararlo, no me tomen por báquica — es, usado sin exceso, una de las cosas mejores para el trabajador. El aguardiente daña: el vino conforta, sostiene y alegra. ¿Por qué, si Dios lo da abundante y puro, no disfrutan de este beneficio el obrero y el jornalero matritenses?

* *

Se proyecta una Exposición de cuadros del Greco. ¡Cómo ha subido esta firma en pocos años! Hará diez ó doce, los que profesábamos el culto de Domenico Theotocopuli éramos unos hasta un par de docenas, y nos dábamos tono y aire de iniciados en alguna misteriosa religión, y pasábamos, á los ojos de los no iniciados, por fanáticos sectarios, si ya no por contagiados de la locura que se atribuyó al maestro. El genial artista Santiago Rusiñol fué de los primeros devotos convencidos que se arrodillaron ante el ara. — Hoy (supongo que por ese *snobismo* artístico, que existe también) se cuentan por millares los admiradores confesos (quizás no convictos) del Greco, y sus cuadros se venden á precios mucho más altos — que es lo que los anticuarios y tratantes querían demostrar.

Nunca podrá ser popular ese insigne veneciano. Si la afición á su pintura cundiese sinceramente, creería yo que el gusto había sufrido alguna transformación inexplicable, rara, milagrosa. Afirmino que,

de mil personas concurrentes á la Exposición del Greco, si llega á realizarse, una sola lo sentirá y comprenderá. No es natural sentir al Greco: se le siente cuando se ha adquirido suficiente afinación, la vibración especial de la madera en los instrumentos de música muy usados. Para la inmensa turba, ¿qué es el Greco? Un pintor lúgubre, obscuro, verde, azul, amarillo, en quien las carnes parecen carnes de muerto y las lacas rojas coágulos de sangre recién vertida. Una especie de Nin y Tudó del tiempo de Carlos V.

* *

A poco tiempo de morir su esposa, dejó este mundo el marqués de Linares, opulentísimo y muy caritativo señor, dueño de un magnífico palacio que domina el punto más céntrico y hermoso quizás de Madrid. En construir este palacio tardaron veinte años los marqueses de Linares. No hubo refinamiento de lujo y suntuosidad (dentro del arte moderno) que no agotasen en él. Se hizo á todo coste y á conciencia. Se trajeron los mármoles más ricos de Italia; decoraron interiormente las estancias los artistas más ilustres. Los techos eran un asombro, los muebles una maravilla. El tocador, la alcoba, se vestían de punto de Venecia. Las sedas y los tapices que cubrían las paredes del palacio venían de las mejores fábricas, extranjeras por cierto. Hasta las cerraduras y las fallebas de las ventanas merecían allí que la vista se recreara en ellas. El palacio — en opinión de todos — era un tipo representativo de la gran morada, fastuosa y exquisita, de fines del siglo XIX, y algunas críticas de detalle no quitaban á la exactitud de este juicio.

Pero tan bella residencia casi no la disfrutaron los que la construyeron y se tomaron por ella mil afanes. Dedicados á cuidarla y á limpiarla y á evitar que entrase en ella un átomo de polvo, los dueños no la abrieron sino rara vez, y siempre con más temor de estropearla que placer en lucirla. Y ahí queda, nueva, flamante, sin tacha, para los herederos, que aún se ignora quiénes sean; ahí queda el regimiento, en que no acertará á posar la pareja. Siempre cerradas las ventanas, siempre solo y mudo, ese palacio parecía tan vacío antes como ahora. ¿Cuál será su destino?

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DE TODO UN POCO

Mucho se habla ahora del descanso dominical, y no existe campaña más justa, ni acaso, en el fondo, más moralizadora que esta. Las gentes que no se paran á considerar su objeto, creen que se trata de acortar el trabajo. No tengo inconveniente en afirmar que la natural consecuencia del trabajo es el descanso, y que en ninguna parte se trabaja menos que donde no se guarda el domingo.

En España, al menos en los dos puntos que yo conozco mejor, el país gallego y la capital, la gente obligada por la necesidad al trabajo se pasa el año inventando fiestas entre semana, fiestas que la Iglesia no prescribe, y que á veces, en determinadas épocas, se aglomeran de tal suerte, que interrumpen la labor una serie de días, y habitan el cuerpo á la inactividad (hábito fácil de adquirir), alterando el ritmo. Baste para ejemplo San Isidro, el clásico San Isidro de Madrid. Son ocho días de juerga tendida, de borrachera, despilfarro, broma y excitación insana. El Santo sirve de pretexto, y en realidad, ¿quién se acuerda de él, del labrador honrado, incansable, del buen *pardillo* que fecundizó con su sudor la dura y amarillenta tierra castellana?

* *

Y en mi aldea, ¿qué no discurren para darse una panzada de holgorio, no cada domingo, como sería regular y loable, sino todo junto, una semanita entera!

Ved ahí un santo poco famoso, San Mamed. En honor de San Mamed hay tres días laborables, en mi parroquia, en que no se unce el carro, ni se empuña la azada. Si les decís, á los pobres ignorantes, que pregunten al cura para convencerse de que no tienen semejante obligación con el bienaventurado San Mamed, les escandalizáis. ¡Arar ó cavar en semejante día! No lo hicieron sus padres, no lo hicieron sus abuelos; ellos no lo harán tampoco. Quitarles una costumbre, es quitarles la vida, es arrebatarles su ser; porque ellos no existen *en cuanto á sí*: son un fruto de la tradición, una especie de berruga que echa la tierra; carecen de espontaneidad.

* *

Para fomentar el descanso dominical se ha formado en Madrid una «Liga» cuyo *Prospecto* he recibido. Por desgracia este prospecto no trae firma alguna, ni la menor indicación que pueda servir de guía para saber adónde conviene dirigirse para entenderse con dicha «Liga»; lo cual es, á mi ver, una demostración más de lo poco aptos que somos para las obras sociales. He aquí una obra interesante y simpática; que lo es doblemente para mí, pues recoge una idea vertida en los artículos que remití desde Bélgica al *Imparcial*, la de procurar descanso á los carteros agregando al sello de franqueo otro sello que diga: «No repartir en domingo»; y he aquí que esta obra, al dirigirse al público, al buscar el calor de la cooperación para desarrollarse y cundir, aparece de tal manera, que no aparecería de otra si tuviese que procurar el anonimato y la sombra de lo